

# EL CABALLERO INFIEL

## (Monólogo cómico - dramático medieval)

Manuel Cubero Urbano



### ACTO ÚNICO

*(El actor sale trastabillándose como si alguien, entre bambalinas, le hubiese dado un empujón.)*

¡Me ca...! *(Durante unos segundos se acerca a las candilejas del escenario, mira detenidamente hacia el público.)* Uy, perdón, no me había dado cuenta de que aún están ustedes ahí. Buenas noches, a todo esto. Aunque... ustedes perdonen, pero me temo que aquí hay un error. No sé qué hacen sentados todavía en el patio de butacas, como si esperasen una nueva actuación... Bueno... ya sé que a continuación se iba a representar un drama medieval. Pero fíjense bien en lo que digo: *(recalcando las sílabas)* se i-ba.

Y se ha ido. O mejor, se han ido. Sí, sí, como lo oyen: se han ido. El último hace un par de segundos. Después de darme el empujón. Y por lo visto no se han molestado ni en encender las luces del patio de butacas y pedirles disculpas.

Claro que no era fácil pedir disculpas. Ya ven ustedes, unos por una cosa y otros por otra todos han puesto su granito de arena para que esto se convierta en un fracaso total. O sea que culpables lo que se dice culpables... Todos, qué quieren que les diga. Pero eso sí, nadie ha tenido redaños para salir aquí a dar una explicación. Y he tenido que salir yo... De la forma que he salido. Pero he salido. Punto. El menos culpable, pero he salido. Porque lo que es quien yo me sé...

La actriz principal. La protagonista. La que más cobra. La mejor, según dice el director. La mejor... habrá que ver en qué es la mejor, porque en el escenario... Después de cuatro meses de ensayos y doscientas cebollas, ahora sale con que no sabe llorar en público. Pero eso sí, ahí dentro, en su camerino, ha cogido una llantina tal que casi inunda los pasillos. El caso es que con los ojos como tomates, la buena mujer agarra sus cosas y antes que canta un gallo coge las de Villadiego. (*Se detiene un momento, mira su reloj y de nuevo se dirige al público*). Hace veinte minutos para ser exactos. Echó a correr como alma que lleva el diablo y si te vi no me acuerdo. Y no se queda aquí la cosa. Termino de explicarles. El Director del grupo no ha tenido otra salida que ponerse a dar vueltas por los pasillos y a bufar como si fuera a comerse el mundo. Vaya, que un Miura de los de antes era una monjita de la caridad comparado con él... Y no quiero decirles lo que ha salido por aquella boquita...

(*Gesticula con grandes aspavientos durante unos segundos mientras ruge como un león.*) Ustedes perdonen que me limite a la mímica. Ya saben. Hay señoras delante y no es cuestión de sacarles los colores. Luego, cuando gastó todos los sapos y culebras de su repertorio, se sentó en un rincón y comenzó a rezar una especie de letanía. Apenas se entendía nada más que la rogativa final de cada jaculatoria.

(*El actor se sienta en una banqueta que debe de haber en un lateral e imita*

*el rezo de una letanía inaudible.*) “Abrbrbr..., hay que suspender la función. Abrbrbr..., hay que suspender la función. Abrbrbr..., hay que suspender la función”.

Un cuarto de hora se tiró así. Pero por lo visto, del dicho al hecho... (*Señala a los espectadores*) del dicho al hecho hay un gran trecho. Que ya lo decía mi abuelo. Porque, dicho en plata, no sé qué pintan ustedes sentados en sus butacas. (*Pausa, mira al fondo del salón y continúa*). Eh, señora, la del final, espere un momento, por favor. Por lo menos, deje que termine de explicarles.

Por lo que a mí respecta... ya ven, vestido de calle y sin maquillar. Ni falta que me hace. Bueno, me refiero a este momento. Que si llegan ustedes a verme hace media hora... estaba yo que parecía un maniquí. Para comerme, vaya.

Espaldas tipo ropero de cuatro puertas gracias a unas hombreras que más parecían el aparejo de una burra. (*Pasea maqueando por el escenario como si de un caballero medieval se tratara*). Maquillado, con mi piel morena curtida en mil gloriosas batallas. Bigotito tipo caballero medieval de aquellos que atraían como moscas a las damiselas del castillo. Melena azabache medio rizada, y una espada que ella solita se auto cantaba aquello de “fiel espada triunfadora...”

De mi sonrisa, qué quieren que les diga, valía un imperio. Ríanse ustedes de los anuncios esos de dentífricos. Porque eso sí, ¿eh? A mí la sonrisa me sale bordada. Sobre todo cuando me escapo saltando desde una de las almenas y me libero de la promesa de matrimonio que, por culpa del autor, me unía al adefesio de protagonista que me tocó en suerte. Sí, sí. Porque, ahora que está a un kilómetro de aquí, les digo la verdad. Si el personaje con la que me iba a casar era fea, la actriz que lo iba a encarnar, no le iba a la zaga. Vaya que no sé qué vería en ella el director. O no lo quiero saber, que si no me equivoco, su señora, la del director, digo, estaba a punto de llegar para ver el estreno.

Y esa es otra. Nada más leer la descripción que hace el autor de doña Urraca de la Barquera y López del Olmo, pensé que si don Rosendo de la Heredad - mi personaje, para que ustedes me entiendan- se tenía que enamorar de aquello, más de un título nobiliario tenía que haber en juego. Marqués, por lo

menos. Y además, mucho oro. De primogenituras ya ni les cuento.

Aquí es donde quería llegar yo. Ahora viene lo de la llantina de doña Urraca. Entre nosotros, ¡qué nombre más bien puesto! No había más que ver su cara. (*Pausa, pasea por el escenario sin dejar de mirar a los espectadores*). Y el argumento. Por lo menos se van a enterar del argumento. Sucede que yo, al ver que lo suyo era palabrería, fama y una cara que asustaba al mismísimo diablo, sabiendo además que con un título de nobleza no se come y que su faltriquera estaba más seca que el ojo de un tuerto, me las piré en mi jaca cartujana... Pues nada, monada. Se empeñó en que, visto mi desprecio hacia su persona, tenía que ponerse a llorar hasta inundar medio patio de butacas. Ya les digo: dos quilos de cebollas gastaba en los ensayos. Creo que ahí estuvo el fallo, fíjense ustedes. Después de tanta cebolla acabó por inmunizarse contra sus efluvios y ya no le hacían efecto.

El caso es que, hace un momento, Doña Urraca se nos puso hecha una furia: “¡Que no puedo llorar!”

Y yo, pavoneándome delante de ella, hecho un Apolo medieval: “Hija, piensa en el cuerpazo que te pierdes...”

Bueno, pues la pandilla de petardos de mis compañeros, que eso es lo que son, unos petardos, empiezan con el cachondeíto a costa del menda. Que si te voy a dar un pellizquito de monja, que si tu culito panadero. Que si mala suerte la tuya...

Eso sí, todos con una sonrisita hipócrita de oreja a oreja que no vaticinaba nada bueno. Yo, inocente como una novicia, cuando oí que el Director decidió suspender la función tomé mis bártulos y me metí en el camerino para cambiarme. Al salir vestido de paisano, ya se pueden ustedes imaginar: todos se han largado menos Sancho, mi escudero. El del empujón, vaya. Gentilmente me había esperado y me acompañó hasta que pasamos por las bambalinas.

Lo demás ya lo saben ustedes: empujón que me da, carrera que emprende pasillo adelante y yo, que casi me estrello, aquí delante de todos ustedes.

(*Se oye un ruido entre bambalinas, el actor se asoma y vuelve al centro del*

*escenario.)* Perdonen, creo que no se han ido. Por ahí andan escondidos como gallinas. Ahora, que esto no se queda así. *(Saca un papel de su bolsillo.)* Por la gloria de mi madre que yo les leo el reparto entero de la obra para que sepan con quien se juegan los cuartos. Y caiga quien caiga...

*(Unas manos armadas de palos y escobas, asoman entre bambalinas mientras otra mano indica al autor que salga del escenario.)*

*(Carraspea.)* Perdonen, señores, creo que me estoy quedando afónico... Además, acabo de recordar un asunto urgente que no puede esperar. Otro día les contaré... *(Echa a correr mientras **cae el telón**. Luego se oyen quejidos, gritos e insultos.)*